



NOVENA BRIGADA BRAVO

David HERRADOR GUTIÉRREZ
Servicio de Formación de Cuadros de Mando
de la Armada (SEFOCUMA)



(reserva)

Son las dificultades las que unen a los amigos.



El 1 de septiembre de 1998, un grupo de jóvenes universitarios esperaba en la puerta de «Carlos I» de la Escuela Naval Militar en Marín. Era temprano y había amanecido encapotado, pero la luminosidad del cielo anunciaba que despejaría. Habían ido llegando desde el día anterior procedentes de diversos puntos de la geografía nacional para incorporarse a su destino en el servicio militar.

Todos eran voluntarios. Por aquel entonces, los quintos en edad militar con una simple prórroga de estudios «libraban la mili», como se decía entonces, precedida la palabra mili generalmente de un adjetivo poco educado que, por

respeto a lo que sucedió con aquel grupo de muchachos, ahorraremos. Eso si no se declaraban objetores de conciencia, realizando una prestación social sustitutoria de voluntariado, que nadie comprobaría, con una simple declaración jurada.

La realidad era que el servicio militar estaba en sus postrimerías. De hecho, la Ley 17/1999, de 18 de mayo, de Régimen del Personal de las Fuerzas Armadas contemplaba la suspensión del servicio militar obligatorio en 2002, y de los 25.847 llamados en la quinta de 2000, sólo se incorporaron a los destinos 2.500 soldados, apenas el 10 por 100. Aquéllos querían estar allí.

Estaban inquietos, que en esta historia es sinónimo de asustados. Alguno iba acompañado por familiares, que los despedían con mayor o menor decoro, según edad, lugar y ocasión; otros se conocían de facultades o colegios mayores, pero la mayoría había acudido con su maleta por único compañero de viaje o con algún colega de vagón del tren o del autobús que hubieran encontrado en la estación de origen.

A las 09:00 horas, con rigurosa puntualidad naval, se montó un atril en la puerta y varios oficiales los fueron llamando. Comenzaba la aventura.

Al acudir a aquel nombramiento y traspasar la «Carlos I» aceptaban un pacto que cambiaría sus vidas para siempre. Aquellos jóvenes jamás regresaron a sus hogares, pues los que volvieron eran hombres que empiezan a serlo,



(Fotografía facilitada por el autor)

transformados por la experiencia militar. Eran los integrantes de la Promoción 1998-1999 del Servicio de Formación de Cuadros de Mandos (SEFOCUMA). Ésta constituía una modalidad muy exclusiva y atractiva de cumplir la obligación militar, pero también extraordinariamente exigente, como bien pudieron comprobar.

Ya Cervantes relató este fenómeno en *El licenciado Vidriera*, cuyo enrolamiento en las banderas perseguía el honor de la milicia, la prestancia del uniforme y la gallardía en la acción, de la que le habló el capitán, que a cambio calló

lo relativo «al hambre de los sitios, el frío de las centinelas y el espanto de las batallas», que es la esencia de la guerra.

Para ingresar, primero tuvieron que superar un proceso selectivo, desarrollado en el mes de mayo. Había representantes de casi todas las ramas de estudio. Si de ciencias, se incorporaban en la Brigada Alfa, destinada a formar alféreces de fragata del Cuerpo General de la Armada, Cuerpo de Ingenieros de diversas especialidades, Especialistas o Cuerpo de Sanidad. Si de letras, se encuadraban en la Brigada Bravo, que es la que constituye el objeto de este relato, y que estaba integrada por aquellos universitarios que pretendían ser alféreces del Cuerpo de Infantería de Marina, Intendencia o Administración y Servicios.

Cada uno idealizaba aquellos destinos que habían sido su elección. Algunos lo hacían por tradición familiar, otros tal vez por emulación de estereotipos cinematográficos o por conocer nuevas geografías y personas, y muchos por pura convicción de estar cumpliendo con un deber. Cualquiera que fuera el motivo, éste era honesto y legítimo.

Como los pueblos tienen poca memoria, que diría Tocqueville, debe recordarse que la España de entonces era bien diferente de la actual, a pesar de haber transcurrido apenas tres décadas. La Guerra Fría había cesado. El Imperio Soviético se desmoronaba, y con él la amenaza global que se concebía entonces, la nuclear. Comenzaba, eso sí, el terrorismo islámico, pero en realidad no se percibía todavía como una inseguridad a nivel mundial. Por otro lado, el terrorismo doméstico, aunque activo, empezaba a declinar y a mostrar



(Fotografía facilitada por el autor)

debilidad tras el asesinato vil de Miguel Ángel Blanco en julio del año anterior.

El peligro principal para Europa lo constituía el conflicto de los Balcanes, que ponía en entredicho su diplomacia. Si no aún en su máximo apogeo, sí se encontraba bastante enconado entre bosnios, serbios y kosovares. De hecho, entre marzo y junio de 1999 tendrían lugar los bombardeos de Belgrado por fuerzas de la OTAN en una controvertida operación sin el mandato de Naciones Unidas. Pero aun así, los Balcanes quedaban muy lejos de España todavía, aunque algunos de nuestros protagonistas terminaran embarcando en buques destinados al Adriático en aquellas jornadas.

No existía el paroxismo de las telecomunicaciones que sufrimos hoy día. Algunos de aquellos jóvenes tenían teléfonos móviles de exitosas compañías emergentes, como Amena o Airtel, de tamaño inconcebible hoy día, y el resto se contentaba con realizar llamadas desde cabinas telefónicas tras aguardar la inevitable cola.

Gobernaba el Partido Popular, después de una larga singladura del PSOE de tres mandatos, y se disponía a su vez a emprender su propia navegación oceánica por los destinos de España durante dos legislaturas. Algunas de sus primeras medidas afectaron poderosamente al Ministerio de Defensa, como por ejemplo la suspensión del servicio militar obligatorio y la profesionalización completa de las Fuerzas Armadas. Este detalle convertía a aquellos jóvenes en prácticamente los últimos oficiales del SEFOCUMA, aunque fueron los antepenúltimos en realidad, pues los siguientes encontraron unidades tan esquilmas de personal que puede afirmarse que éstos serían los últimos en vivir realmente una vida militar relativamente «animada» en los cuarteles y dependencias, como era tradición en la España de los «quintos» antes de la llegada de los cursos de profesionales.

Volvamos a aquel día. Tras pasar el arco de entrada, dejaron sus equipajes, fueron formados en brigadas, con una rudeza no esperada, aunque correcta y apropiada a las circunstancias, y luego... durante 10 días se vieron inmersos en una nueva dimensión física y psicológica para adaptarlos a aquel mundo nuevo y desconocido para ellos, pero ancestral en la historia del hombre, que es la milicia.

Aquella mañana aún se distinguían entre sí y podían reconocerse por su estilismo al vestir, por sus cabellos o por sus equipajes. Unas horas después, tras el rito de la *rapa das bestas* y la entrega de la uniformidad, todos eran iguales. Qué sencillo método. La uniformidad se vestía además de forma rigurosa, con lo que ninguna diferencia cabía ya entre ellos.

En esas tempranas horas de aquella experiencia ya se registraron las primeras bajas y comenzó el hermanamiento de los que sobrevivirían a la dura prueba. Fueron bajas provocadas por inadecuación a los rigores que no se padecen en la vida civil, reservados para el inicio de los períodos de instrucción en otro antiguo rito universal: instrucciones ladradas y sanciones implacables por inexactitudes leves en el cumplimiento de movimientos corporales novedosos.

Todo para aprender un nuevo código de comportamiento, un nuevo lenguaje. Allí pudieron contrastar por primera vez la comodidad y seguridad del hogar con aquella situación hostil al individuo, y algunos comprobaron cómo su espíritu cedía ante sus sentidos. En otros casos — aún tengo vívido el recuerdo de aquella escena contemplada personalmente —, el individualismo, gran enemigo de la milicia, retó a la Institución con un «¡tú a mí no me mandas!», proferido por uno de los jóvenes a un instructor de prácticamente su misma edad, con lo que, tras las consiguientes explicaciones aparte y suponemos que algún consejo paternal de alguno de los oficiales recordando que allí regía un régimen disciplinario diferente, el individualismo prosiguió su camino por otra derrota fuera de la Escuela Naval Militar.

El resto fue llegando, como olas en una playa, en los días sucesivos: acicalamiento en tiempos imposibles, traslados entre dependencias vulnerando leyes físicas de espacio y tiempo, contradicciones manifiestas entre órdenes que debían ser acatadas por igual, etc. Todo era nuevo y estaba cargado de un profundo sentido de obediencia, disciplina y resistencia física y psicológica ante la adversidad. Lo que quedó a las puertas ya no importaba, y muchas cosas del mundo dejado atrás se recordaban como ensoñaciones.



(Fotografía facilitada por el autor)



(Fotografía facilitada por el autor)

El paso de los días, tras superar aquel período de cursillo previo, permitió que aquellos jóvenes se fueran conociendo y volvieran a distinguirse, esta vez por el carácter —singularidad única e indeleble en el individuo por encima de edades, vestimentas y lugares—, creando nuevas afinidades. Los momentos tranquilos de la jornada eran los de la última hora, entre la cena y el toque de queda, en los que podían solazarse en el Casino de Alumnos «Almirante Bonifaz». Eso sí, mirando con envidia el trozo de barra reservado a *Protos* y a alféreces de 5.º curso, pues ellos se hacinaban en los apenas dos metros de codo de barra destinada a los alumnos de primero. Esto es lo que eran en realidad, aspirantes de primero que, en caso de superar el curso de tres meses, pasarían a ser alféreces o alféreces de fragata en prácticas en el destino asignado, y el primer día después de causar baja en dicho destino serían nombrados en el BOE oficiales en la reserva. De ahí la dureza e intensidad de la formación. No se trataba de un curso cualquiera; suponía la necesidad de formar a civiles para la actividad antes de que se vieran en una posición en la que eventualmente hubieran de asumir responsabilidades.

Los tres meses de Escuela Naval Militar pasaron, desde la perspectiva que da el tiempo transcurrido y la edad biológica actual, como una exhalación, pero en el rigor histórico del momento fueron como tres vidas completas. Quien esto escribe guarda el comentario de un compañero una tarde de domingo, en un descanso del estudio, relativo a que «en su otra vida» había

pretendido dedicarse a la abogacía. Esa vida de fuera se percibía, se sentía, como algo muy lejano, de sueños ya imposibles, pues no había más que aquella de la Escuela Naval Militar.

Debe decirse que algunos de aquellos jóvenes procedían de familias cuyos apellidos eran bien conocidos en la Armada, con varios de sus miembros ocupando destacados y conocidos mandos. Esto, lejos de facilitarles las cosas, en realidad no ahorró esfuerzos a nadie, pues eran objeto de atención reforzada para evitar la sospecha de cualquier tipo de favoritismo. Por ejemplo, aquel compañero cuyo hermano era profesor de la Escuela y del que se temían las guardias, pues en la ronda de sollados inevitablemente encontraba fallos, con las consiguientes sanciones para todos. Que los hubiera o no, no era lo importante, ya que en la vida no todo tiene una causa y una justificación. Había que endurecerse y aprender a aceptar; eso sí era importante. La mayoría no tenía relación familiar alguna con este tipo de vida, por lo que se habían despedido de padres, hermanos, novias y amigos prácticamente con un «hasta el fin de semana». Para quien esto escribe no hubo tal fin de semana hasta el licenciamiento, tres meses después, el 21 de noviembre. Con él quedaban atrás la instrucción de orden cerrado y la incesante búsqueda de sus diagonales por parte de los instructores, las horas de estudio y sueño, el hambre atroz permanente, provocada no por la insuficiencia de comida o por su calidad, sino por el desmesurado aumento del apetito a consecuencia del incremento del esfuerzo físico.



(Fotografía facilitada por el autor)

Atrás dejaba las vueltas al palo y las carreras a torpedos, el zafarrancho de mañana en diez minutos, que incluía ducha, afeitado, vestido y traslado al comedor en edificio distinto, a pesar de ser el mismo. Una escalera comunicaba los sollados con la dependencia, pero la liturgia exigía bajar desde un tercer piso, dirigirse al exterior, recorrer unos 100 metros y entrar por la puerta principal. Tras un desayuno engullido, seguía el arranchado del sollado, invirtiendo el camino recorrido en apenas cinco minutos, con aquella desesperada búsqueda del ancla en el anverso de la colcha, previamente convertida en una perfecta esfera.

Atrás quedaban las singladuras a la isla de Tambo en los nueve metros, las formaciones de mañana en el Patio de Aulas «Álvaro de Bazán», donde algunos contestaban con un sonoro «¡menos días!» al saludo de los buenos días de su comandante de brigada, el *Rinci*, y el pulimento compulsivo de las superficies bruñidas del machete y el cerrojo del Mauser Coruña 43 para que brillaran como espejos en lo que parecía una meta inalcanzable... y mil cosas más. En el caso de los infantes de marina, además quedaban atrás las salidas de maniobras, pernoctando o no, las subidas al monte Penizas, las marchas con el pesado equipo, los ejercicios de tiro, la instrucción individual de combate... La lluvia y los elementos fueron apreciados entonces en su exacto e inequívoco significado. Aquella manera de vivir la naturaleza y la intemperie fueron también el acervo de la Escuela Naval Militar.



(Fotografía facilitada por el autor)



(Fotografía facilitada por el autor)

También quedaban atrás las salidas de franco de ría a Pontevedra, y para algunos atrevidos a lugares aún más lejanos, aunque no les estuviera autorizado a los «principiantes», que debían vestir de blanco riguroso, primero, y de sufrido y agradecido azul después. Muchas anécdotas, mencionables unas y acreedoras de discreto olvido otras —como las consecuencias de la primera cena de brigada—, quedan comprendidas en este período.

Aquellos jóvenes se iban conociendo y apreciando y necesitando unos de otros. Los destinos separaron a la mayoría, pero acercaron aún más a los que coincidieron en éstos. Y la amistad, forjada en aquellos duros momentos, se puso a prueba al finalizar el servicio militar. Con el licenciamiento salieron unos hombres jóvenes, fuertes, ágiles, flexibles y decididos, con importantes valores aprendidos, cuya interiorización sería contrastada con el tiempo.

Y aquella brigada formada el 1 de septiembre de 1998 en la Escuela Naval Militar no se separó después, como si no quisiera romper filas. Primero fue bajo la forma de comidas y cenas, en las que se rememoraban hazañas y anécdotas y que finalizaban ineludiblemente con el *Himno* de la Armada, que entonaban con vigor y respeto, a costa del resto de comensales de los locales donde se reunían. Siguieron los contactos en esos años en que se busca la estabilidad laboral, coincidentes con cierta crisis económica en la que se trató de no dejar a nadie atrás y en la que fluyeron las confidencias y la puesta en común de información sobre oportunidades de trabajo. Vinieron las bodas y sus correspondientes invitaciones, cursos de formación profesional compartidos, visitas en vacaciones, etcétera.



(Fotografía facilitada por el autor)

El desarrollo de las nuevas tecnologías lo revolucionó todo, pues en las redes se podía mantener un contacto masivo y diario, permanente. Con ello, se consolidó el grupo de manera estable, y así hasta llegar al momento actual.

Entre aquel grupo de jóvenes había, como se mencionó antes, representantes de todo tipo de formación académica, extracción social y convicción ideológica, que la combinación caprichosa del tiempo, esfuerzo y suerte tradujo en situaciones laborales variopintas y que se ha reproducido en la misma escala a la edad adulta. En ese grupo hay empresarios, directivos de banca, profesores, abogados, miembros de las Fuerzas Armadas —pues algunos sintieron y siguieron la vocación de la milicia—, de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, consultores y funcionarios internacionales, entre otros. En la Brigada Alfa, por su especialidad, abundan ingenieros, científicos, químicos y médicos. Las tendencias políticas también están representadas, en todas las gamas e intensidad de color, casi en la misma proporción que en la realidad del Parlamento.

Y estas condiciones, difíciles de darse de forma espontánea, otorgan a este grupo una riqueza de disciplinas profesionales y una viveza de matices en la puesta en común de información y en el debate difícilmente reproducibles.

Han pasado los años y la Novena Brigada Bravo ha afrontado, como cualquier familia, la evolución de la sociedad española y del resto del mundo, y ha

vivido e incluso protagonizado importantes capítulos de esta transformación a través de algunos de sus miembros. Y todo ello desde toda la geografía nacional, pues existen varios grupos locales, los de Madrid, Cataluña, Andalucía, Galicia y otros, pero junta la brigada todos los días, con datos, previsiones y opiniones profesionales desde cada uno de esos ámbitos mencionados. Se le tiene más fe a esta fuente de información que a los medios de comunicación. No siempre hay consenso y en ocasiones las discrepancias son lo suficientemente sinceras como para que afloren disgustos como fiel reflejo de la sociedad de la que proceden los miembros de la brigada.

Existe un mantra, declamado en Marín hace más de 25 años por los instructores en aquellas duras pruebas físicas y psicológicas a que eran sometidos, que sirve aún en situaciones, si no las mismas, al menos equivalentes: «¡Siempre se puede!». Es la eterna llamada a seguir al espíritu o rendirse a los sentidos, a abandonar o a continuar formando parte «de aquello», cualquiera que sea la cuestión que se acometa. Este clamor que a modo de jaculatoria lo ha acompañado a lo largo de sus vidas, «siempre se puede, el cuerpo siempre puede más», en aquellos duros días de instrucción obraba el remedio milagroso para los imposibles cuando el espíritu arrastraba un cuerpo cansado y torpe.



(Fotografía facilitada por el autor)

La amalgama que los une fue aquel mortero espiritual que recibieron en los meses de instrucción y formación en Marín, y los valores de la Armada de compañerismo y camaradería aplicados a un grupo de civiles dieron su resultado.

Y con esto se demuestra que aquellos artículos de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, que copiaban como chiquillos castigados por los maestros, están interiorizados en ámbitos civiles, sobre todo el 72 —«el oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien...— y el 33 —«... subordinará su honrada ambición a la íntima satisfacción del deber cumplido...»—, actuales 14 y 19.

Decía en sus memorias un veterano de las campañas napoleónicas: «Seguramente nada conmueve más a un hombre como el recuerdo de sus experiencias en la juventud y la valoración en su ancianidad de los placeres que una vez disfrutó entre peligros y fatigas de una vida de aventuras. Esos pensamientos lo devuelven de nuevo a la primavera y el verano de su vida» (1). El recuerdo de esa época y los valores aprendidos forman parte de la vida diaria de aquellos jóvenes, hoy muchos de ellos maduros profesionales con importantes responsabilidades, que un día compartieron aula con otros maduros profesionales que se distinguen hoy con tres estrellas de ocho puntas o con cuatro galones y una coca, entre otros quien dirige esta REVISTA.

Y ésta es la reflexión final. La milicia, aunque sea vivida de forma efímera y temporal, deja huella permanente en la persona que pasa por esa experiencia con sinceridad y honestidad. Y los valores transmitidos tienen su continuidad y son irradiados al entorno social, cada vez más sordo al significado de conceptos como esfuerzo y sacrificio.

No lo hicieron mal del todo aquellos instructores de cuarto curso, hoy comandantes, ni los oficiales que los dirigían, actualmente mucho más que aquéllos. Gracias a todos vosotros y gracias a la Armada por habernos inculcado estos valores y habernos permitido ser parte para siempre de vuestra familia.

Añadir que las fuentes de las que bebe este artículo son los recuerdos personales de los protagonistas y las fotografías compartidas de una época pasada y de un mundo desaparecido.

(1) SCHAUMANN, August L. F.: *On the Road with Wellington: Diary of a War Commissary*. Greenhill Books. Londres. 1999.